

ta. Los hombres no pronuncian sus nombres sin temblar, y las jóvenes madres meten miedo á sus chiquillos amenazándolos con los soukalers.

Al Oeste de Ceylan, y en las montañas de Mais-sour sobre la Gran Tierra, he encontrado algunas tribus aisladas conocidas con el nombre de pakannattys. Su idioma es el telinga, y pertenecian en un principio á la casta de los couroubas ó pastores, dedicándose á la agricultura. Hace cerca de un siglo que estos couroubas abrazaron el mismo género de vida que tenian sus descendientes, y que parecia tener para ellos tan gran encanto que sería imposible sujetarlos al presente á una vida sedentaria y arreglada.

Se dice que la causa de su partida fué un insulto grave que recibieron los jefes de la costa del soubedar que gobernaba la provincia, y que no habiendo obtenido una reparacion proporcionada á la ofensa, creyeron que la mejor venganza sería desertar todos en masa de la provincia, abandonando enteramente los trabajos de la agricultura.

Desde ese tiempo vagan sin cesar de un sitio á otro, sin fijarse en ninguna parte.

Algunos de sus jefes con quienes he hablado me han asegurado que esta casta de nómadas contaba más de dos mil familias que vagaban por el Sur del Indostan, habiendo tan sólo franqueado el estrecho y marchado á Ceylan un pequeño número.

Los jefes se reunian de cuándo en cuándo para terminar las diferencias que se suscitaban entre sus subordinados. Esta casta de los pakanattys es la más tranquila y ménos dañina de todas las tri-

bus errantes. Aunque los individuos que la componen van siempre en grupos, el robo y el pillaje les son desconocidos, y si alguna vez se hacen culpables de ese crimen, son severamente castigados. Todos viven en la más espantosa miseria, y los más ricos son los que poseen algunos bueyes ó escuálidas vacas, cuya leche venden.

La mayor parte son herboristas, y en los diversos países que recorren hacen colecciones de plantas, de raíces y de sustancias medicinales, que emplean como tinturas ó como medicamentos para los animales. Venden sus simples á los mercaderes de los pueblos y ciudades, á los mestris ó médicos indígenas, y este pequeño tráfico les ayuda á vivir.

Viven enteramente aislados de la sociedad, y no se rozan con ellos más que para las necesidades más urgentes; viajan por grupos de diez, veinte ó treinta familias; se cobijan siempre bajo tiendas de bambúes que llevan de una parte á otra. Cada familia tiene su tienda, en donde viven reunidos los hombres, las mujeres, los niños, las gallinas, y algunas veces los cerdos también. Escogen para plantar sus tiendas los bosques más lejanos, para que nadie pueda averiguar lo que pasa entre ellos. Además de sus esterillas y de sus objetos del campamento, tienen cuidado de proveerse de pequeñas provisiones de granos y de los utensilios de menaje más indispensables para preparar y cocer sus alimentos. Los que tienen bestias de carga, éstas llevan la mayor parte del bagaje; pero los desgraciados que no tenían este recurso, se veian reducidos á cargar ellos mismos con cuanto poseian.



He visto con frecuencia, al cazar en sitios apartados y desiertos, á un pobre pakanatty llevar acuestas su tienda, los pucheros de barro que componian su menaje y algunas provisiones; y á su mujer, casi desnuda, con el mortero de moler el grano sobre la cabeza, un niño en la espalda envuelto en un pedazo de tela grosera, otro en el seno, mientras que otro muchacho de cinco ó seis años iba detras doblegado bajo el peso de un haz de leña. Conmovero por aquel espectáculo, he querido darles una limosna, pero al verme acercarse internaron rápidamente en la junquera, y el perro hético que les seguia volvia cautelosamente á asomar la cabeza entre la maleza, como para observar al intruso que se permitia turbar á sus amos en su soledad.

Cada fraccion de esta gran tribu tiene sus costumbres, sus leyes y sus usos particulares; cada una forma una pequeña república independiente que se gobierna por reglamentos particulares. Nadie sabe lo que pasa entre ellos. Los jefes de las tribus son elegidos y destituidos por pluralidad de votos. Estos jefes están encargados, mientras duran sus funciones, de hacer ejecutar los reglamentos, terminar las diferencias y castigar los delitos y los crímenes; pero por espantosos que sean éstos, no se condena á nadie ni á la muerte ni á la mutilacion, exponiéndose tan sólo el culpable á sufrir sangrientas flagelaciones, ú otras correcciones corporales.

Al principio, la casta de los pakanattys era ménos despreciable que las otras tribus de vagabundos de los indios, pues se recordará que ya he dicho pertenecian á la gran casta de los cultiva-

dores; pero poco á poco adoptaron el uso de la carne, y se alimentaban sin discernimiento de los animales más inmundos, bebiendo el arack y el callou, y acabando por caer en tal degradacion, que hoy dia se ven confundidos con los párias y los rhodias.

La pequeña tribu de rhodias que acababa de encontrar se dedicaba á la adivinacion y á la venta de drogas destinadas á preservar de los malos espíritus, y á curar toda clase de enfermedades conocidas y desconocidas.

Llegado frente al campamento, me paré para escuchar el canto de las jóvenes. Aquella melodía extraña que el Océano acompañaba con el murmullo ligero de sus olas, aquellas sombras fantásticas que se reflejaban sobre la orilla tomando tintas fulgurantes á la luz de una hoguera que atizaban cuatro viejas de brazos descarnados, los aullidos de los chacales atraídos por el olor que se escapaba de las marmitas de barro, y el gruñido de algunos perros héticos que dormian sobre la arena, daban á este espectáculo un aspecto extraño y fantástico.

El ruido del carruaje que me seguia á algunos pasos advirtió mi presencia; los cantos cesaron y los instrumentos callaron como por encanto. Despues de haber cambiado los jefes algunas palabras en voz baja, una de las jóvenes se separó del grupo y avanzó hácia mí. Podria tener unos trece ó catorce años, edad en que alcanza la mujer el completo desarrollo de su belleza en aquellas latitudes.

La joven rhodia se paró á corta distancia de donde yo estaba, entre las palmeras que bordeaban



el camino. Iba desnuda... tan desnuda como Hebé y Psyche, esos dos poéticos ensueños de la antigua Grecia. Sus largos cabellos negros, en los que había enlazado de trecho en trecho ramitos de flores amarillas, caían en bucles sedosos sobre sus espaldas, y desde allí descendían sin arte alrededor de su cuerpo, cuya pureza de formas hacían resaltar.

Iuminada por aquella luz de la luna del Ecuador, que hace las noches casi más bellas que el día en los países del Norte, en medio de aquella vegetación espléndida, la fresca y graciosa aparición me transportó á la edad de la poesía sencilla, en que los bosques, los jardines y las aguas estaban poblados de ninfas y de náyades.

—¿El extranjero quiere conocer, por el fuego que preside Agni, por los astros que preside Indra, por los vientos que preside Vhaya, los secretos del destino?—murmuró la jóven con dulce voz.

—¿No es Kama, la que preside á la union de las flores, la que te envía á mi lado?—le respondí en el lenguaje poético y exagerado del Oriente.—Una jóven tan linda como tú no debe presagiar más que acontecimientos dichosos.

Yo la seguí.

En aquellas ardientes latitudes, las plantas odoríferas producen en el cerebro sensaciones desconocidas y en armonía con la admirable naturaleza que las rodea; así es que todos los indios nacen poetas y hablan siempre en sentido figurado y poético.

Una mujer no dirá nunca á su amante: «Yo te amo», pues estas palabras, que entre nosotros son la expresión de la mayor ternura, no serían aquí

más que la expresión de la más fría indiferencia. Es preciso que describa sus sensaciones, que cuente los latidos de su corazón, que rodee á su amado con palabras cariñosas, y que lo haga con tal expresión de felicidad, con tal vivacidad de sentimiento, que la exageración de las palabras desaparezca ante el ardor de la pasión.

La más despreciable entre los párias que se acerque á vos por la noche en los senderos desiertos, se avergonzaria de expresarse en ese innoble lenguaje que usan en Europa las prostitutas. Ella va, envuelta en un gran taparabo blanco, siguiendo los bosques de laurel rosa que cruzan el camino, y aproximándose á uno, le dice en voz baja:

—Saeb (señor), ¿te has extraviado á estas horas por el campo? No tienes baston con campanillas para alejar las serpientes. ¿No ves cuán negra está la noche? Si temes algun encuentro desagradable, ven á reposar á mi cabaña de follaje; tengo pastillas de djagre y jengibre que poder ofrecerte; mi agua de limon y miel te refrescará mientras aspiras el odorífero humo del houkah (1); podrás reposar sobre finas esteras de Travencor, y mañana al sol levante no temerás ya perderte por los senderos desiertos.

Si te has dejado arrastrar por el atractivo de la caza lejos de todo centro habitado, si la fatiga te rinde, si no puedes encontrar tu camino en una noche sin luna, acepta sin temor la hospitalidad de la hija de las junqueras, que te llevará á su pequeña cabaña abrigada bajo algun tamarindo, cuyo olor

(1) Especie de narguileh hecho con una nuez de coco vaciada.



aleja las serpientes; te echará agua fresca sobre el cuerpo, lavará tus piés doloridos, y despues de haberte servido la cena, compuesta de carry, guayabas, mangos y plátanos acabados de cortar, te preparará un lecho de hojas secas cubierto de estereras odoríferas trenzadas con juncos... y mientras que el sueño invade tus pupilas, y la lámpara suspendida en el techo empieza á vacilar ante tus ojos... la pobrecilla irá á acurrucarse á un rincón y velará tu sueño, con un junquillo en la mano para matar cualquier escorpion ó serpiente que intente acercarse á tu lecho; y mientras tanto, la esclava tímida y sumisa *no será más que lo que queráis que sea...*

Al llegar con la jóven cerca del campamento de los rhodias, esta última se paró cerca de las hogueras, tomó algunos carbones encendidos con una pala de barro, y me indicó que la siguiese. Al llegar á la extremidad de la playa que costea el Océano, y despues de haber cogido algunas ramas de arbusto que se cruzaban aquí y allí, se acurrucó sobre la arena, haciéndome señas de que la imitase.

En cuanto estuvimos sentados uno frente á otro, la jóven rhodia, echando hácia atrás su abundante cabellera, comenzó á entonar una canción monótona en una lengua desconocida.

Cuando hubo terminado aquella invocación á los poderes ocultos, replicó en tamoul:

—¡Espíritus de los cielos, espíritus de los aires, espíritus de los bosques, espíritus de las aguas, sedme favorables! ¡Espíritus de los bosques, que presidís á las transformaciones de los arbustos, no me maldigais por haber cortado esos

tallos verdes! ¡Adoración á Agni! ¡Agni, espíritu del fuego, hacedme conocer vuestra presencia!

Al decir esto, arrojó sobre la brasa ardiente el pequeño haz de ramas que habia cogido, y se puso á mirar ávidamente los tallos ligeros que se torcían bajo la acción del fuego.

Tomando entónces un puñado de arena fina con la mano derecha, la arrojó al aire exclamando:

—¡Adoración á Vhaya! ¡Vhaya, espíritu que presides á los vientos, indicame tu voluntad!

Y seguía con la vista el polvo ligero que la brisa hacía levantar en el aire.

Despues, inclinándose hácia atrás, dirigia al cielo sus miradas, en una postura que hacía resaltar aún mejor las irresistibles seducciones de su cuerpo fresco y jóven, murmurando en voz baja, como si temiese turbar los terribles espíritus á quienes se dirigia:

—¡Grahas, Boutamys, Pretas, espíritus de los planetas, espíritus infernales, espíritus de los cadáveres, espíritus de la descomposición, sedme favorables! ¡Chaktys, sombrías deidades hembras, sedme favorables! ¡Marana Devy, que presides á la muerte, favoréceme! Esta es la hora en que los espíritus de las aguas frecuentan los bordes de los estanques desiertos. ¡Varouna, espíritu que presides á las aguas, séme favorable!

Al pronunciar estas últimas palabras se levantó, y juntando las dos manos, cogió un poco de agua en el Océano y la esparció sobre los carbones encendidos, diciendo:

—Oblación á todos los espíritus. ¡Espíritus del universo, sedme favorables!

Y la jóven siguió con atención las ligeras es-



pirales de humo y vapores que la brasa despedía ántes de extinguirse.

Entónces me cogió las dos manos, que estrechó algunos minutos entre las suyas, y luégo, interrogando la palma de la mano derecha, la linda *adivinatora* me predijo, segun la costumbre, toda clase de prosperidades mezcladas de sinsabores, que debian acabar por sobrepujarlas.

Nada podria dar idea de la extraña poesía de aquella escena.

El Océano, á la derecha, completamente tranquilo por la frescura de la noche, parecia á los rayos de la luna una vasta llanura de plata; á la izquierda los rhodias, extendidos alrededor de la hoguera, que no arrojaba ya más que luces vacilantes, se entregaban al reposo; el silencio no era turbado más que por los gritos lejanos de los chales y los relinchos de los caballos de mi caruaje, que se impacientaban con tan prolongada parada.

Cuando la jóven cyngalesa hubo terminado sus operaciones mágicas, le puse en la mano algunas rupias. Pareció conmoverse, y fijó en mí sus grandes ojos llenos de provocativas preguntas. Su oficio no se reducía tan sólo á decir la buenaventura, sino que sus delicados encantos pertenecian al primero que quisiese pagarlos... Generalmente recibía uno ó dos fanous (de treinta á sesenta céntimos) por aquella triste ocupacion, que no debía tener nada de agradable para ella, y al ver que yo le daba diez veces más, la pobre niña habia creído que le pagaba de antemano los placeres de que ella no podia ser más que el instrumento pasivo y resignado. Por una profanacion de las más

brutales, no debía conocer jamás ni el extremo de la pasion, ni los goces de la maternidad.

En todas las tribus rhodias hay cierto número de jóvenes destinadas á la prostitucion, y desde su más tierna infancia, y para que el abuso de los placeres no las envejezca prematuramente, y que embarazos repetidos no interrumpan los rendimientos del repugnante oficio á que las dedican, el mestri (médico) de la tribu las somete á una serie de atentados que tienen por objeto impedir la formacion de los ovarios, y suprimir enteramente el sitio de las sensaciones sexuales.

De suerte que aquella hermosa jóven que estaba de pié delante de mí, y que reunia todas las perfecciones exteriores de la mujer para asegurar por medio del amor la reproduccion de las especies, se veía privada de ser *madre*... Una mano sacrílega la habia profanado, no podia ejercer papel alguno en el conjunto humanitario, que se transforma, se perfecciona y se perpetúa. Era un anillo roto en la gran cadena de la vida. Y tal vez en sus horas de soledad llegaria á envidiar la suerte de la tigre que en medio de la junquera amamanta á sus cachorros.

Estas abominables prácticas no tienen otra causa que la profunda miseria en que están sumergidas esas pobres castas de párias y rhodias, que forman casi la quinta parte de la poblacion total de Ceylan y el Indostan.

Cuando oigais decir á ciertos anglomanos que no han salido jamás de Calcutta ó Bombay, que no conocen de la India más que lo que los ingleses han hecho allí, en su interior egoista, que la Inglaterra lleva á cabo en aquel país una mision



civilizadora, preguntadles, pues, lo que ha hecho por los cuarenta millones de miserables que no tienen una pulgada de terreno bajo la capa del cielo, á quienes rechazan como impuras las otras clases; que viven de raíces de bambúes, de yerbas; que prostituyen sus mujeres y sus hijas por algunos céntimos, y que mueren llenos de lepra y podredumbre; preguntadles lo que la Inglaterra ha hecho por los párias.

Y sin embargo, como estas gentes están tan despreciadas y *no tienen casta*, se podría hacer de ellas lo que se quisiese, y lo aceptarían todo. ¿Por qué los ingleses no los introducen en la vida civilizada, sino que, por el contrario, los arrojan de su ejército indígena, los expulsan de los hospitales, prohibiéndoles la entrada en todos los sitios en que admiten los indios de castas reconocidas? ¿Por qué no les permiten ejercer los empleos públicos que desempeñan los otros indígenas? ¿Por qué los rajahs los tratan así, y por qué las altas clases los consideran más viles é impuros que los chacales?

Y para atraerse á las altas clases la Inglaterra ha adoptado sus preocupaciones, hasta el punto de que un pária ó un rhodia que llevase sandalias sería encerrado en la cárcel.

Estos desgraciados no tienen ni siquiera el derecho de cubrirse los piés.

Pero cuando digo que la Inglaterra no ha hecho nada por ellos, me engaño, pues les ha enviado sus mercaderes de biblias.

Cuando venga á tiempo, referiré algunos rasgos curiosos sobre el modo de *evangelizar* adoptado por los misioneros en la India; pero ahora, por

el pronto, voy á invocar la autoridad de Mr. Warren, antiguo oficial del ejército inglés, para demostrar que bajo el velo religioso se oculta una nueva explotación.

«El cuadro que he procurado trazar de Bellary como cabeza de partido político, civil y militar de la presidencia de Madras, no estaria completo si olvidase hablar de la sociedad de los *Misioneros protestantes para la propagacion de la fe*, que tiene aquí un establecimiento y una capilla. Este cuerpo no procede de la Iglesia anglicana, y profesa ciertas opiniones religiosas enteramente distintas.

«Es un sansimonismo religioso mitigado, una comunidad que se dedica á predicar y que está gobernada por ciertos jefes elegidos de la comunidad que reside en Lóndres.

«Cada individuo, al ser allí admitido y tomar las órdenes, renuncia á su libertad y á toda propiedad individual. Su persona, como su fortuna, pertenecen á la comunidad, y ésta tiene tambien el derecho de darle una compañera escogida en la familia de uno de sus miembros, de volverle á casar si se queda viudo, y de buscar maridos para sus hijas ó para su viuda si muere él primero.

«No puede poseer nada en propiedad, y tiene que dar cuenta á la sociedad de todo lo que gane como sacerdote, banquero ó industrial; pero en cambio asegura su existencia rodeándole de las comodidades necesarias, y para excitar y desarrollar sus facultades, le proporciona una existencia que esté en armonía con su utilidad.

«¿Qué consecuencias se sacan de todo esto? Que deja de ser sacerdote, pues su amor conyugal y



paternal le conduce, como es natural, al deseo de mejorar la posición material que comparte con su familia, y para conseguirlo, procura ante todo estar bien con la sociedad y sus jefes, haciendo progresar sus intereses; y aunque vaya á la India con la honrosa intención de predicar el Evangelio, ocupado en estudios especiales que le han impuesto sus superiores, absorto por sus transacciones de banca ó sus especulaciones comerciales, lleva registros, dirige una correspondencia, enseña la química, hace papel, imprime, encuaderna, construye casas y olvida su papel de misionero.

»Y como la hormiga paciente y laboriosa, aumentará el capital, extenderá la influencia y las relaciones comerciales de la república industrial á la que pertenece; pero aumentará poco el número de los convertidos á las orillas del Crishna y del Ganges.»

Añadiré que estas gentes han encontrado el medio de explotar hasta los pobres párias y rhodias, que no poseen nada, que no recogen nada y que no tienen otra libertad que la de morir de hambre. Estas gentes, repito, los adulan, les hacen mil promesas y los envían por grupos á recoger en las junqueras las plantas medicinales, como la zarzaparrilla, la datura (especie de estramonio) y otras, y á la vuelta... los pagan con biblias y su bendición.

Cuando subí al carruaje, después de haberme despedido de la adivinadora, encontré á Joaquín acostado delante de sus caballos, durmiendo profundamente sobre el polvo del camino. Me apresuré á despertarle, y no pude menos de reprocharle su imprudencia.

Pero él me respondió sencillamente:

—Como yo soy quien ha domesticado estos dos inteligentes animales, nada en el mundo les haría avanzar ni un solo paso cuando yo estoy acostado delante de ellos.

Afijó las riendas á sus caballos, y partimos como un torbellino en la dirección de Colombo.

A los diez minutos me encontraba en la puerta del Oriental-Hotel.

Eran cerca de las tres de la mañana, y se sentía bastante fresco; por lo que me apresuré á subir á mi habitación, y estaba tan cansado, que apenas percibí como una sombra vaga al metis que me servía echar el mosquitero de la cama y reemplazar el quinqué por la lamparilla de noche.

Al abrir los ojos al día siguiente, la primera cosa que vi fué á Amoudou sentado en el suelo, esperando que me despertase.

Sin hacer la más mínima alusión á lo que había pasado la víspera, le anuncié nuestra marcha á Kaltna.

—Es inútil—añadí—hacer aquí las pequeñas composturas que necesita la carreta, pues allí tendremos tiempo de sobra. Al anochechar vendrás con el vindicara y los bueyes para cargar las diferentes provisiones que compré ayer, y nos pondremos en camino para llegar á casa de nuestros amigos mañana por la mañana á primera hora.

Al oír aquello, mi nubio empezó á reír y á saltar de gozo.

El tunante no había olvidado sin duda el tiempo que habíamos pasado, cuando nuestro primer viaje á Ceylan, en la encantadora estancia de



Kaltna (1), y la joven malabar con quien se había unido á la moda del país, y que no había podido olvidar jamás.

Cuando se hubo calmado un poco, me hizo una petición que no esperaba. El famoso paquete de pañuelos de seda comprado en Radha-Bazar, en Calcutta, en casa de Dourga-Chorone, se había acabado hacía tiempo, repartido entre las morenas cyngalesas que habíamos encontrado en el camino de Jaffnapatnam á Colombo, y deseaba reemplazarle.

Mi pobre nubio era tan feo, con su gruesa cabeza, sus pasas, sus ojos saltones, su nariz aplastada, su enorme boca de oreja á oreja y su negrtez, que el pañuelo de Bengala era su único medio de seducción, y hubiera sido cruel por mi parte privarle de sus principales ventajas; por lo que me apresuré á darle el dinero necesario para reemplazar su pequeña pacotilla.

Después de comprar algunos objetos que necesitaba, fui á hacer una visita al señor Burton, que me dió diferentes encargos para mis amigos, y luego me volví al hotel para acabar mis preparativos de marcha. A las cinco comí en mi cuarto, pues el traje de viaje que me había puesto me impedía comer en la mesa redonda, y poco ántes de anochecer emprendí mi marcha por las montañas.

Kaltna está situada en la prolongación de uno de los grandes valles de los montes Kotmales, á unas quince leguas de Colombo; y yendo nuestros caballos al paso de la carreta, que no quería

(1) Viaje al país de las Bayaderas.

dejar detras, pues en ella iban mis armas y municiones, llegaríamos al amanecer á Kaltna, después de detenernos un par de horas durante la noche para dar el pienso á los animales.

Puse al vindicara y á Amoudou á la cabeza del pequeño convoy para que le siguiésemos lentamente.

Una hora después de nuestra salida, el terreno empezó á elevarse insensiblemente, y nos separamos del camino de Colombo en el fuerte de Damboul, para echar por un sendero bastante ancho para que pasen carruajes, y que cuidan bien ó mal los cosecheros de café de los *Hauts*, por sus relaciones con la capital de la India.

La noche estaba tan oscura que no se veía á dos pasos de distancia; pero por lo que yo podía juzgar, el sendero serpenteaba por los flancos de la montaña, y á veces las ramas, que formaban una bóveda sobre nuestras cabezas, bajaban tanto que nos azotaban el rostro, y los grandes pájaros de noche, á quienes turbábamos en su retiro, lanzaban gritos agudos.

El silencio, ese silencio de los grandes bosques suspendidos en los flancos de las montañas, sólo estaba turbado por el ruido de un torrente que caía en el valle, por las pisadas de nuestros animales, y las canciones que de cuándo en cuándo entonaba el vindicara con acento gangoso para alejar los malos espíritus.

Como era la época de las cosechas del sorgo y de la caña de azúcar, los pájaros que alegran las noches de la India con sus interminables conciertos, habían desertado de las laderas de las montañas para ir á la llanura.



Hacia ya muchas horas que caminábamos en medio de aquella oscuridad, cuando de repente llegó hasta nosotros un rugido lejano, repetido por el eco de los valles.

— ¡Un jaguar! — exclamó Joaquin.

Y paró repentinamente sus caballos.

— No hay peligro inmediato, — respondió Amoudou, que, escuchando con atención, había vuelto á adquirir al dejar á Colombo y las barracas de vino de los tchandos todas las maravillosas cualidades que en un viaje le hacían el más necesario de los servidores. — El jaguar está lo ménos á dos millas de aquí, á la derecha. Escuchad, los gritos suben de los valles inferiores; sin duda alguna sigue el curso de agua, en busca de los ciervos y de las cabras silvestres que van á abrevarse allí.

— Es verdad, — respondió el mestizo portugués; — nada tenemos que temer de él; pero ántes de dos horas, al atravesar la cadena de Samanala para bajar por la vertiente que mira hácia Ratnapoor, en donde está situado Kaltna, asistirémos á un extraño concierto, y mucho más próximo á nosotros.

— ¿Este país está infestado de jaguares? — interrumpí yo.

— Sí señor, — continuó el mestizo, — y de panteras; por lo que no es prudente atravesar de noche esta parte del camino.

— ¿Por qué no me lo advertiste ántes de salir de Colombo?

— Yo no soy más que un pobre half-caste (1),

(1) Sangre mezclada.

saeb, y no me dísteis cuenta de vuestros proyectos, diciéndome tan sólo: « Salgamos para Kaltna; » y yo he obedecido.

— ¿Crees tú que nos atacarán las fieras salvajes?

— Los jaguares no atacan más que á los que van á pié, saeb; pero las panteras negras, que se ven aquí en gran número, pueden saltar de repente sobre los bueyes, apoderarse el terror de los caballos, y como el camino que seguimos termina en pico por el lado del valle, podríamos ser precipitados en el barranco.

— ¿Qué hacer entónces? ¿Crees que será peligroso continuar la marcha?

— Cuando vi que el saeb quería caminar de noche, supuse que conocía el país, y que su intención era pararse en el bengalow de Tanie-Kaloo, y esperar allí la salida del sol.

— He ido una vez á Kaltna por Kaltura, pero este camino no le conozco. Si hay un bengalow cerca de aquí, lo más prudente es pasar allí la noche. ¿Cuánto tardarémos en llegar?

— Una media hora.

— ¿Es una estación del gobierno?

— No; es tan sólo un refugio para los viajeros sorprendidos por la noche, para libertarlos de las fieras feroces, construido por los antiguos rajahs.

— Estará ya medio derruido.

— No, pues los cultivadores de café que envían sus cargas por estas montañas tienen interés en conservarle. Cuando alguno de ellos viene retrasado, duerme en el refugio. A pesar de esto, no pasa una semana sin que los jaguares y las panteras devoren á uno ó dos de ellos.



—Está bien; encamínanos al bengalow.

—No tenemos más que continuar nuestra marcha, pues está situado al borde mismo del camino.

Kandassamy recibió la orden de apresurar sus bueyes, y continuamos subiendo la pendiente cada vez más recta que serpenteaba ante nosotros. La luna no tardaría en salir, y yo anhelaba ver su bienhechora luz. Había pasado ya muchas noches en la junquera, con mi carreta y mis dos criados, para que me inquietase la vecindad de los jaguares. Además, había adquirido la convicción de que los animales feroces, que por la noche atacan infaliblemente al que va á pié, como acababa de decir el mestizo portugués, se espantan y huyen á la vista de las carretas, esas máquinas que avanzan rodando como un enemigo desconocido; pero nunca había acampado en medio de la montaña sobre caminos desiertos, teniendo á setecientos ú ochocientos metros de altura los valles inferiores, en donde podían precipitarnos nuestros caballos, asustados por la presencia de algun tigre.

El cultivo del café, que ha tomado tan gran incremento en Ceylan, invadiendo poco á poco las mesetas de las montañas, no ha dado por resultado el disminuir el número de los animales peligrosos que las infestan, pues los numerosos valles que no sirven para la plantación, y que sería imposible al hombre atravesar, tan escarpados son sus flancos, les ofrecen asilos impenetrables.

A los primeros gritos que oímos del jaguar, se reunieron bien pronto otros que parecían más próximos, y los caballos y los bueyes empezaron á husmear el aire, que traía sin duda á su olfa-

to sutil emanaciones que se nos escapaban á nosotros.

De repente una ligera faja de luz vino á acariciar la cima de los grandes bosques, y la luna, desprendiéndose poco á poco de las nubes que la ocultaban, iluminó montes y valles. Enfrente de nosotros, á una distancia de cerca de doscientos pasos, se elevaba la torre cuadrada y maciza del bengalow de Tanie-Kaloo (el agua del Kaloo), llamada así porque el rio Kaloo tiene su nacimiento al pié de este refugio.

Algunos minutos despues, carruajes y animales habían entrado en una especie de patio invadido por plantas trepadoras; y para que ni caballos ni bueyes pudiesen escapar en un momento de pánico, les impedimos la salida con la carreta.

Joaquin y Kandassamy recibieron orden de dar á los animales el pienso de costumbre, y de mantenerse al lado suyo para tenerlos tranquilos.

Llegamos á tiempo, pues los aullidos de las fieras se repetían con tal intensidad, que los vindicaras apenas podían dominar el terror de los animales.

Armado de mi carabina de bala explosiva, subí, seguido de Amoudou, la escalera interior de la torre; cuando llegamos á la azotea, me asomé al parapeto y arrojé ávidas miradas sobre el paisaje que me rodeaba.

En mi vida he contemplado un espectáculo más imponente y grandioso. No se distinguía á inmensa distancia más que picos de montañas revestidos de eterna verdura, en medio de los cuales la luz de la luna, que es más bien un sol de noche en estos climas, arrojaba una claridad



fantástica; y mientras que los picos de las montañas estaban iluminados, el fondo de los valles permanecía aún sumergido en la más profunda oscuridad, destacándose como blancas pirámides encima de los bosques los picos de las rocas, cual gigantescos monumentos funerarios que dominaran una necrópolis de titanes.

Desde el fondo de los valles que se extendían como un océano negro por los flancos escarpados de las montañas, subían hasta nosotros mil gritos distintos de los jaguares, las panteras, los elefantes salvajes y los chacales, disminuidos por la distancia y por la espesa vegetación de los valles.

Estas armonías salvajes me recordaban las primeras noches que había pasado en el bosque ó en la junquera en mis primeros viajes al Indostan; al menor ruido saltaba sobre mis armas, hacía parar mi carreta, y estaba de centinela horas enteras, esperando á cada instante verme atacado, y experimentando alucinaciones extrañas que se disipaban á la primera claridad de la aurora.

Luégo, sin abandonar esa prudente vigilancia que dirige siempre la conducta de los viajeros en aquellos países, me fui acostumbrando, y ya no sufría esas sensaciones extrañas que paralizan el pensamiento, y sobre todo el brazo, en el momento del peligro, pues sabía que las fieras temen aún más nuestra presencia que nosotros la suya, y que rara vez atacan los primeros.

Un tigre se arrojará sobre un elefante, sobre un buey ó un caballo; pero no hay ejemplo alguno, como ya lo he dicho, de que ataquen á una carreta y á los animales que la conducen.

Hacia ya algunos instantes que contemplaba

las variantes de luz de la luna, elevándose lentamente en el cielo, é iba á envolverme en una mancha para reposar hasta rayar el alba, cuando Amoudou, que se había vuelto con sus camaradas á comer un poco de arroz tostado, volvió donde yo estaba.

—¿No oís nada, saeb, á la izquierda del bengalow?—me dijo en voz baja.

Me puse á escuchar, pero me fué imposible percibir ruido alguno en la dirección que me indicaba. Los rugidos que oía á intervalos desiguales partían de los barrancos, y así se lo dije á mi negro.

—Debe haber totahs-veddahs (1) allá arriba,—me respondió,— pues oigo distintamente gritos parecidos á los que lanzan los cabritillos cuando los separan de sus madres.

—No me extraña, pues tú sabes mejor que yo que todas las montañas de Ceylan están llenas de cabras salvajes.

—Saeb tiene razón, y si los gritos fuesen alejándose ó aproximándose, comprendería que serían de algún animal extraviado que buscase su rebaño; pero hace más de una hora que Kandassamy y yo escuchamos, y hemos notado que las quejas salían siempre del mismo punto.

—¿Y qué?

—Que si los gritos parten siempre del mismo punto, es porque el animal está atado, saeb.

—Cogido en el lazo, querrás decir.

—No, atado por los totahs-veddahs, que se sirven de él para atraer al jaguar.

(1) Cazadores de tigres.



— ¡Cómo! ¿Crees que estarán ahora en estas montañas algunos de esos salvajes del Oeste?

— No lo creería si el vindicara Joaquín no nos hubiera dicho que hay aquí muchos, desde que el tchoto-saeb (gran jefe gobernador de Colombo) había prometido tres rupias por cada piel de jaguar.

— ¿Cómo cazan, con lazo ó con fusil?

— Joaquín no me lo ha dicho, saeb.

— ¿A qué distancia calculas que estarán del bengalow?

— A una media milla próximamente, pues de más lejos no podrían oírse los gritos del cabritillo. Si saeb lo permite, Amoudou tomará la carabina é irá á ver á los totahs-veddahs.

Al pronunciar estas últimas palabras con tono suplicante, como un niño que quiere obtener una gracia, la voz de mi negro temblaba de emoción; sus instintos de cazador de fieras se revelaban con violencia en su rostro transfigurado, y aquella naturaleza primitiva, que necesitaba siempre de las emociones del alcohol ó de las aventuras terribles que corría en los salvajes desiertos de la Nubia cuando acompañaba á su padre, que conducía las caravanas del país de Barabras á Aden y á la Meca, tomó un sello de inteligencia feroz en aquellos momentos de extraña exaltación.

Generalmente era tan sensible, que cuando veía llorar á un niño, se le llenaban los ojos de lágrimas.

¡Qué problema tan singular no presenta la existencia de esos africanos de cuerpo altivo, de cerebro reducido, salvajes, sanguinarios desde el momento que están reunidos en bandas, y siguien-

do como perros á su amo cuando se ven aislados!

¿Es una raza que acaba?

¿Es una raza que nace?

¿Es uno de esos anillos primitivos de las transformaciones humanas, cuyos secretos no ha podido aún descubrir la ciencia?

Me propuse acompañar á Amoudou en su excursión, seducido por lo extraño de la aventura. Estaba convencido de que Amoudou, teniendo que protegerme, no se aventuraría en el bosque, y no había gran peligro que correr, pues los rugidos se oían á más de dos millas más allá de los valles del Kalloo; y si alguna pantera aislada, atraída por los gritos del cabritillo, se nos aparecía en el camino, no tardaría en precipitarse en el barranco al oír los cuatro tiros de carabina y los doce de revólver que teníamos á su disposición.

Yo poseía una magnífica carabina de Devisme, de calibre de catorce milímetros, que había mandado hacer á propósito, y el fusil de caza, sistema de báscula, que prestaba á Amoudou en las ocasiones importantes, era del mismo número; de suerte que el mismo tipo de balas explosivas podía usarse para las dos armas de fuego.

Con semejantes medios de defensa no era muy peligroso un paseo de setecientos á ochocientos metros de distancia, máxime cuando Amoudou no erraba un tiro por oscura que estuviese la noche.

¡Cuántas veces, de noche, en nuestros campamentos al lado de los pueblos, viéndome dormido y al abrigo de todo peligro cerca de un sitio habitado, no se ha deslizado en la junquera para entregarse al placer de la caza nocturna, y al día siguiente, cuando me despertaba, veía secándose



sobre una cuerda de coco colgada entre dos tamarindos una magnífica piel de tigre ensangrentada aún, mientras que Amoudou, avergonzado por no haber obedecido mis órdenes, se rascaba la oreja acurrucado en un rincón, esperando oír los reproches que nunca dejaba de dirigirle!

Después de haber cambiado las balas de nuestros revólveres y relleno las cartucheras, nos deslizamos silenciosamente por entre las ruedas de la carreta, que impedía la entrada en el bengalou, empezando á subir con precaución el sendero que conducía á la parte superior.

Joaquin y Kandassamy dormían.

Después de haber franqueado una distancia como de doscientos metros, empecé á oír distintamente los gritos quejumbrosos del pobre animal, que Amoudou hacía tiempo había ya percibido.

Mi nubio iba unos pasos delante de mí, como explorador, con el cuerpo inclinado hácia delante, el dedo en el gatillo de su arma y deslizándose como una sombra á lo largo de los cactus y mimosas que había á ambos lados del camino. Los gemidos del cabritillo se oían cada vez más próximos, y calculé que debíamos estar cerca del pobre animal, cuando Amoudou se paró súbitamente, y volviéndose hácia mí, me hizo seña de que me acercase.

—¿Qué hay?—le dije en voz baja, acercándome.—¿Temes algún nuevo peligro?

—¿Oís el canto de ese makara que está delante de nosotros?

—¿Y qué?

—No me puedo explicar la presencia de ese pájaro en esta elevación. ¿Habeis oído alguna vez

esos gritos cuando recorriamos las montañas de la costa malabar?

—No lo recuerdo.

—Este animal no vive más que de ratas de agua, su vuelo es muy pesado, y apenas puede elevarse á cinco ó seis kalpas (codos) de la tierra; no deja nunca los bordes de los pantanos y de los riachuelos, donde encuentra abundante alimento, y le creo incapaz de haber volado hasta aquí.

—Bueno; pero ¿qué calculas de esto?

—Creo, saeb, que los totahs-veddahs que están en emboscada nos habrán oído, y que no sabiendo que somos gente como ellos, lanzan esa seña para asegurarse de ello.

—¿De suerte que tú crees que son los mismos totahs-veddahs los que imitan el grito del makara?

—Sí, saeb.

—Adelantémonos con precaución, y sabremos á qué atenernos.

—Yo creo que sería más prudente no ir más lejos.

—¿Por qué?

—Porque en el caso de que sea una seña, no recibiendo respuesta, los totahs-veddahs podrían enviarnos una bala si tienen fusiles.

—No soy de tu opinion, pues esos pobres salvajes son dulces é inofensivos, é incapaces de tirar sobre los hombres.

—¿Quién nos dice que podrán vernos á tiempo á través de la maleza, ó que crean que el ruido que hagamos separando las ramas para pasar sea el de las fieras?

—¿Qué hacer entónces?



—Voy á responder á la señal.

Entónces Amoudou puso dos dedos en su boca é imitó á su vez con rara perfeccion el grito del makara.

En aquel momento contestaron con otro igual.

—Ya veis, saeb, —dijo el nubio triunfante,— que son los totahs-veddahs. Voy ahora á cambiar la señal.

Y al decir esto lanzó en el espacio un aullido lastimero como el del chacal.

Inmediatamente le contestaron con el mismo aullido.

—Ya podemos seguir adelante, —dijo Amoudou.

Anduvimos unos cien pasos, y nos encontramos frente á una pequeña meseta donde estaba amarrado el animalillo, lanzando gritos lastimeros, al lado de un riachuelo que bajaba la vertiente de la montaña. Sobre la meseta, el curso del riachuelo era más tranquilo, y sus dos orillas, cubiertas de plantas acuáticas, estaban pisoteadas en diferentes sitios.

Teníamos delante de nosotros un riachuelo que servia para abreviar á las fieras salvajes. Los indígenas que habian respondido á la señal de Amoudou no parecieron por ninguna parte.

De repente se oyó un rugido terrible en la cima de la montaña, y ántes que tuviese tiempo para decir una palabra, Amoudou me arrastró hácia la extremidad de la meseta, metiéndome en una espesura de bambúes y juncos.

—Pronto, saeb, pronto, que el tigre viene á beber al riachuelo, —me dijo.

Y con una admirable presencia de espíritu escogió el lado por donde no venía el viento.

Instintivamente nos colocamos á cada lado de un enorme grupo de esos árboles que crecen en las mesetas de las montañas, y con el dedo en el gatillo esperamos.

Los rugidos continuaban á más y mejor, pero sin aproximarse gran cosa, pues sin duda el animal no tenia prisa para venir á abrevarse en el riachuelo.

—Tened cuidado, saeb, —me dijo en voz baja mi nubio, que estudiaba desde hácia un momento las inflexiones de los gritos que oíamos.—Es una tigre que habla á sus cachorros, y deben ser muy pequeños, porque oigo que maullan como gatos. Si la madre adivinase nuestra presencia, no tendríamos ni tiempo para tirar, pues ántes saltaría sobre nosotros.

Saqué mi revólver de la funda y le puse en el cinturón de mi cartuchera, al alcance de mi mano.

Amoudou no se había engañado en sus previsiones, pues al cabo de unos instantes distinguí yo también los gritos de los pequeños que se mezclaban á los aullidos de la madre.

La guarida de la terrible familia no debía estar léjos, pues todas las hembras de los jaguares tienen la costumbre de parir cerca de algun riachuelo, pues así les es más fácil dar de comer á sus pequeños, y que éstos salgan de su guarida para beber agua en el riachuelo, pudiendo también esconderse con facilidad en caso de alarma.

No era la primera vez que iba á encontrarme frente á un tigre; pero á pesar de todo, una emocion punzante estremeció mi sér, y sentí en el alma haber salido del bengalow. Yo no soy como esos viajeros que friamente y con el cigarro en la boca



matan jaguares, panteras y hasta elefantes salvajes, con la mayor tranquilidad. Yo no tengo ese valor: la presencia de las fieras me estremece, y nunca me ha gustado afrontar el peligro sin necesidad. Tal vez consista esto en que la emoción que yo he experimentado ha sido ante verdaderos tigres, mientras que la matanza de animales feroces de que he hablado *no es generalmente más que efectos de paisajes ecuatoriales.*

El pobre animal temblaba con todos sus miembros y ya no gemía.

Cuando la tigre salió del sendero para entrar en la meseta, de un salto se precipitó sobre él y le estranguló.

Mis sienas latieron con violencia, y la sangre se me subió á la cabeza con tal fuerza que estuve unos segundos sin distinguir lo que pasaba delante de mí. Si el animal nos hubiera atacado en aquel momento, de seguro no hubiera podido disparar mi arma.

Pero este estado duró poco; la inminencia del peligro trajo rápidamente una reacción favorable, y habiendo desaparecido el terror, apunté mi arma, pronto á hacer fuego.

Conociendo la seguridad del golpe de vista de Amoudou, resolví no tirar el primero; mas no podía comunicarle esta decisión, pues el menor ruido nos hubiera descubierto; pero estaba convencido de que mi valiente nubio no resistiría á la tentación de empezar el fuego en cuanto el animal se presentase en buena posición.

Volví la cabeza ligeramente para ver lo que hacía, y le vi inmóvil como los troncos de los árboles que nos rodeaban, con el cuerpo levemente

inclinado hacia adelante y el fusil á la espalda. Parecía una de esas estatuas de granito negro que se encuentran algunas veces en las inmensas soledades del Indostan, medio ocultas por los bejucos y las plantas parásitas, últimos restos de las civilizaciones extinguidas.

Cuando volví mis miradas hacia la meseta, la tigre bebía con avidez en el arroyo, y sus cuatro cachorros, pequeños como gatos, jugaban á su alrededor sobre el cadáver del cabritillo con una desenvoltura y una gracia que me hicieron olvidar por un instante la terrible situación en que nos encontrábamos. Cuando hubo acabado de beber, se volvió lentamente con esa muelle elasticidad que caracteriza á los felinos, y alargando dulcemente una de sus patas, la tigre arrimó á sus pequeños al borde del arroyo, como para invitarlos á beber; pero los pequeños no se preocupaban de lo que les indicaba su madre, y continuaban saltando y jugueteando sobre la yerba, lamiendo la sangre del animal que su madre acababa de matar.

Este espectáculo era grandioso y de una poesía acre y salvaje.

El movimiento que hizo para atraer hacia sí á su progenitura le fué fatal, pues se nos presentó de repente por el costado. Brilló un relámpago en la noche, seguido inmediatamente de una detonación que los ecos de las montañas repitieron. Amoudou acababa de tirar, y la pobre tigre había caído al suelo sin hacer un movimiento, sin lanzar un grito.

Asustados por el ruido, los cuatro pequeños se habían refugiado al lado suyo, y apenas disipado el humo de la detonación, vi á Amoudou precipi-